



La piel sagrada

JUAN CARLOS PINO CORREA



LETRA X LETRA

—NOVELA—

Pino Correa, Juan Carlos

La piel sagrada / Juan Carlos Pino Correa. -- Medellín: Editorial EAFIT, 2017.

126 p.; 24 cm. -- (Letra x letra)

ISBN 978-958-720-446-9

1. Novela colombiana. I. Tít. II. Serie.

C863 cd 23 ed.

P657

Universidad EAFIT- Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

La piel sagrada

Primera edición: septiembre de 2017

© Juan Carlos Pino Correa

© Editorial EAFIT

Carrera 49 # 7 Sur - 50, Medellín. Tel. 261 95 23

<http://www.eafit.edu.co/fondo>

Correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-446-9

Editor: Marcel René Gutiérrez

Diseño y diagramación: Alina Giraldo Yepes

Imágenes de carátula y guardas: Daria Petrilli (Italia): *Sleeping on the flower*

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional, mediante Resolución 1680 del 16 de marzo de 2010.

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Editado en Medellín, Colombia

*A Sofi, de nuevo
Y a Deibar René Hurtado*

—Por la belleza puedo resistirlo todo. —Y a pesar del dolor
que le recorría todo su cuerpo, sonrió.

Junichiro Tanizaki, “El tatuaje”

1

Yo lo veo venir y sé que va a usar contra mí el arma que empuña en el fondo de su chaqueta. Desde aquí observo el momento exacto en que abandona el rincón donde ha estado silencioso y expectante para abrirse paso con determinación entre la muchedumbre. La noche es cálida y bulle con una descarga agresiva de aceros y teclados que se constituye en la banda sonora de este acto ungido por un aura como de prestidigitación. Aunque, la verdad, aquí no hay truco de magia sino mística pura, y esas son dos cosas bien distintas. Aquí no hay engaño ni simulacro, aquí no hay montaje, aquí no hay una sola mentira. Esto no es ilusionismo aunque muchos lo crean y lo sientan así al verme levitar como una diosa impura y profana. Y no es ilusionismo aunque sepan también que, desde mi lugar, yo puedo leer todas sus historias, incluso las más secretas e íntimas, las más mezquinas, las más esperanzadas, las más solidarias. Las puedo leer todas como si fueran un libro: percibo el matiz en el tono de sus conversaciones, pruebo la sal de su llanto, siento el vibrar del color natural de su piel y el vibrar del color incorporado, conozco cuándo fue la primera vez que la aguja engendró un dolor arcoirisado o abrió una muesca en la epidermis, escucho aquel primer quejido quedo y luego el acezar interno y silencioso, como de placer, de los contactos que siguieron, huelo con precisión el aroma de sus miedos y de sus ilusiones, de sus ambiciones y de sus desencantos. Todo lo puedo porque al verme y sentirme como una diosa impura y profana ellos me convierten en una diosa impura y profana.

Eso es lo que soy, no puede ser de otro modo.

Lo soy sin ilusionismos, sin trucos y sin prestidigitaciones.

Tal es la razón para que yo sepa que cuando el hombre deja el rincón para venir hacia mí ya empuña un arma bajo su chaqueta. Y por un instante,

convencida plenamente de mi papel de diosa, me siento invulnerable. Y esa certeza hace entonces que me distraiga en los otros rostros, en los otros cuerpos. Cada uno tiene su propia historia, sus propias huellas y tentaciones, sus propias fatigas y alegrías, sus propias sonrisas y amarguras. No me alcanzarían las palabras para reconstruir aquí cada uno de sus universos, ni tampoco me alcanzarían las emociones porque al contar cada historia yo sería capaz de encarnarme en su protagonista y de sentir la misma intensidad con que él la vivió. O más. Y con la misma capacidad con que convoco sus historias puedo convocar también sus sueños y sus nombres y, desde allí, desde el sueño y el nombre, les susurro a las personas secretos inefables de todos los dioses que conozco o que invento cada día. Esa es la razón por la cual esos rostros y esos cuerpos y esos nombres y esas historias y esos sueños se funden en este instante que ahora yo vivo. Y que ellos viven. Un instante que es también una eternidad. Y todo llega a constituirse entonces en una especie de rompecabezas que puede armarse de muchas formas y donde a veces un nombre se corresponde con un cuerpo y luego con otro, o donde un rostro puede transmutarse una y otra vez. O donde una misma historia es a veces la de un hombre y a veces la de una mujer. Pero el instante también me da la oportunidad, si quiero, de ser coherente con el devenir humano y, en virtud de ello, es posible que cada uno pueda tener su árbol genealógico y su biografía a la manera tradicional. Sin hibridaciones. Cada uno con su propia y particular historia, con sus más íntimas e individuales mezquindades. Yo puedo decidirlo así, si quiero. Desde aquí, solo desde aquí, desde las alturas a las que me ha elevado el hálito de todos ellos, soy como un demiurgo travieso para quien nada está vedado. Aquí y ahora es mi olimpo. Aquí y ahora se erigen mi templo y mi religión. Como en tantas otras ascensiones.

Pero hoy siento algo distinto. Quizás el hombre que se acerca con el revólver me ha contagiado su mala energía. Siento un vibrar extraño en la esvástica de su cuello, en el Hitler delineado sin mucha pericia, en la Virgen de su espalda, en la calavera del “Blood & Honour” y en las inscripciones de “Combat 18” y “Terror Machine”, y me quema esa mirada que contiene muchas emociones, principalmente odio. Sé que los tatuajes

que tiene lo laceran pero también lo envalentonan. Y de ahí su idea de venir con el revólver hacia mí, una decisión largamente pensada durante muchas semanas hasta que por fin hoy tuvo los arrestos suficientes y la oportunidad para hacerla realidad, aunque primero diera vueltas y vueltas en torno a este establecimiento y luego, ya adentro, se agazapara en un rincón claroscuro, como una fiera al acecho. Tal vez lo sea, aunque no fue esa imagen la que quiso proyectar cuando una tarde llegó a Koi para preguntar por un tatuaje que quería hacerse, una imagen múltiple con un vikingo, dos hachas sobre los colores de España y la inscripción “Siempre fieles”. Y se quitó la camiseta para señalar dónde la quería y ahí descubrí los otros tatuajes. Y sentí miedo aunque no lo evidencié. Fue tres o cuatro días seguidos y después no volvió. A lo mejor sus pasiones futbolísticas no dieran para tanto, o a lo mejor aquello solo fuera un pretexto para ir a Koi y ver cómo se movían las cosas por ahí. Yo no lo había vuelto a ver hasta ahora en que su presencia y su mala vibración me han desconcentrado y han hecho que el río de imágenes y de historias de todos los aquí presentes se desborde en mi mente y termine en una especie de embriaguez plácida que por un momento me hace creer que el estar suspendida sobre todos me confiere un aire de poderío y de invulnerabilidad. Y tal cúmulo de pensamientos, imágenes y sensaciones se magnifica hasta convertirse en una vorágine que todo lo devora: las biografías se juntan y se dispersan, al igual que los rostros y los nombres y al igual que todos los trazos y los colores que ahora los habitan de manera esencial e indeleble. Y luego se funden. Y yo no sé si esta indeterminación es dolor o es placer.

Intentando escapar de aquel paroxismo me tomo mi tiempo para respirar hondo y fijar la mirada en alguna otra parte, en un sitio cualquiera pero estable, como un puerto donde llegar. Pero antes, como en una breve travesía, paso sin convencimiento por el rostro de un joven que me mira con asombro, y por el de un niño que de la mano de su padre me señala con el dedo, y por el de una mujer que hace un gesto de hastío, y por el de un punk que aplaude a rabiar, y por el de un hombre que anota cosas en una libreta y por el de una chica que toma fotos con insistencia. Y cuando empiezo a sentir un ahogo veo a Oriana al lado de un amigo de su infancia

con quien apenas ayer se reencontró después de años y al que le está preguntando, justo en este momento, qué impresión tuvo de mí cuando nos presentó hace un rato. “Diana es como la hermana mayor que nunca tuve”, grita a su oído en medio del bullicio. Y su amigo la mira en silencio con un aire de complicidad, aún sin saber que entre esta noche y mañana va a sucederse una avalancha de cosas que lo llevará a recorrer la ciudad entre el extravío y el extrañamiento. Yo, un poco más tranquila, me extasio en esa conversación que parece un tanto ingenua, un tanto tonta, un poco intrascendente, en esa historia de ambos. Pero la placidez en la que me he refugiado se rompe cuando sobre el murmullo y sobre la descarga de aceros y teclados de la música *hard*, o por debajo de ellos, o a la par, suenan dos disparos, como si su golpe sordo fuera inherente a la banda sonora de este instante. Y así, de repente, recuerdo al hombre que viene con un arma hacia mí. Y no solo lo recuerdo sino que también me vuelvo a mirarlo. Y entonces descubro con horror que me está apuntando y por un segundo tengo miedo de estar equivocada y no ser una diosa invulnerable, y quiero gritar, y es probable que grite con todas mis fuerzas pero ya hay tanto estruendo, tanto ruido, tanta exclamación asombrada o dolorida, tanto pavor en los ojos y en los gestos de todos, que mi grito desgarrado no lo escucha nadie. Sobre ese grito puedo ver con detenimiento el rostro del hombre que me señala con su arma, y puedo ver el rostro de Hitler frente a mí, y puedo ver la inclinación de su esvástica en el cuello, los colores negro, blanco y rojo con los que está hecha, y puedo ver su mirada a medio camino entre el odio y otro sentimiento que tal vez sea compasión o arrepentimiento. Y paradójicamente, pese al arma humeante y al señalamiento, en mí se incuba, como una epifanía, la idea de que ahora no va a disparar. Amparada en esa iluminación empiezo entonces a colmarme de una paz inenarrable, de una tranquilidad un tanto extraña, como una levedad que no es la de esta experiencia de suspensión de mi cuerpo sino como un dejarse ir sin más ni más. Y así esa epifanía se convierte en certeza, en dogma: el hombre no va a disparar. Pero lo que no alcanzo a entender en este instante es que si no va a disparar ahora es porque, un segundo antes, en medio de tanta gente, ya lo ha hecho. Y, muy a mi pesar, ha dado en el blanco.

2

¿Estás delirando, Diana? ¿Estás delirando como nunca antes? Yo, que te he visto entrar en los sueños de tanta gente, no te conocía una turbación como la de ahora. Todavía sigues balanceándote pero ya no tienes la cadencia de hace un momento sino un temblor que bien podría ser un entramado de convulsiones, como si un fuego te estuviera carcomiendo toda desde lo más hondo de las entrañas.

¿Quieres que te cuente lo que está sucediendo?

¿Quieres saberlo?

Yo lo sé porque si tú puedes entrar en las historias de los demás, yo también puedo hacerlo, y puedo, también, entrar en todos tus sueños. Si te duermes, mejor. No hagas caso a aquellos que ahora te dan suaves y temerosas palmadas en las mejillas y te dicen que te mantengas despierta, que por favor no cierres los ojos. No hagas caso de ellos. Duérmete y te contaré qué está sucediendo. Duérmete y así no seguirás insistiendo en guardar para mí este silencio.